

OTRAS OBRAS DEL AUTOR

Investigaciones anatómicas sobre el aparato paratiroides del hombre. (Estudio anatómico e histológico de la región tiroidea de 180 cadáveres.) Madrid, 1911. (Agotado.)

La doctrina de las secreciones internas. Su significación biológica y sus aplicaciones a la clínica. Corona: Madrid, 1915. (Agotado.)

Las glándulas de secreción interna y las enfermedades de la nutrición. (Tercera edición.)—Ruiz: Madrid, 1920. (Agotado.)

Nuevas orientaciones sobre la patogenia y el tratamiento de la diabetes insípida.—Calleja: Madrid, 1920.

La edad crítica. (Segunda edición.)—Ruiz: 1925.

Manual de Medicina interna, dirigido en colaboración con T. Hernando (en publicación y reimpresión). Ruiz: Madrid.

Problemas actuales de la doctrina de las secreciones internas.—Ruiz: Madrid, 1922.

Gordos y flacos.—La Lectura: Madrid. (Segunda edición.) 1928.

El Empecinado visto por un inglés. Traducción y prólogo de G. Marañón.—Ruiz: Madrid, 1927.

El problema de febrícula.—Ruiz: Madrid, 1927.

Prediabetische Zustände.—Novak: Budapest, 1927.

El problema médico de la aortitis.—Ruiz: Madrid, 1927.

Bocio y cretinismo. Su epidemiología y patogenia en España.—Páez: Madrid, 1927.

Trabajos del Servicio de Patología Médica del Hospital General de Madrid. Vol. I (1925-26). Vol. II (1926-27). Vol. III (1927-28).—Ruiz: Madrid.

The Climaterium (The Critical Age).—Mosby: Saint Louis, 1929.

Sexuella Livet.—Stokholm, 1929.

La educación de la sexualidad y los estados intersexuales. 2.ª edición.—Morata: Madrid, 1929.

Manual de las enfermedades del tiroides.—Marín: Barcelona, 1925.

EN PREPARACIÓN

El mito de Don Juan.

Manual de diagnóstico clínico.

Tratado de Endocrinología.

Amor, conveniencia y eugenesia.

Las hiperglucemias aglucosúricas.

Tratamiento de la diabetes. (En colaboración con M. Izquierdo.)

Las ideas médicas del P. Feljóo.

Trabajos del Servicio de Patología Médica del Hospital General de Madrid. Vol. IV (1928-29).

G. MARAÑÓN

DE LA REAL ACADEMIA DE MEDICINA

TRES ENSAYOS SOBRE LA VIDA SEXUAL

SEXO, TRABAJO Y DEPORTE
MATERNIDAD Y FEMINISMO,
EDUCACIÓN SEXUAL
Y DIFERENCIACIÓN SEXUAL

CON UN ENSAYO DE
RAMÓN PÉREZ DE AYALA

QUINTA EDICIÓN



BIBLIOTECA NUEVA

MADRID

1929

ES PROPIEDAD

Talleres ESPASA-CALPE, S. A., Ríos Rosas, 24. — MADRID

ÍNDICE DE TEMAS

	<u>Páginas</u>
ENSAYO LIMINAR, de Ramón Pérez de Ayala. .	11
PRÓLOGO de la 1. ^a edición.	23
PRÓLOGO de la 5. ^a edición.	27

I

SEXO, TRABAJO Y DEPORTE.	29
-------------------------------	----

El sentido de la acción, 29. — El trabajo, carácter sexual, 30. — Caracteres sexuales primarios, 33. — Caracteres sexuales secundarios, 38. — Maternidad y actuación social como caracteres sexuales opuestos, 41. — División sexual del trabajo en la vida primitiva, 46. — Sexo y trabajo, 48. — Transformación actual de la división primitiva del trabajo, 50. — Sexo, lujo y desigualdad social, 52. — La gloria, el dinero y el sexo, 54. — Matrimonio por amor y matrimonio por conveniencia, 57. — Moral e instinto, 59. — Trabajo y feminismo, 60. — El donjuanismo, 62. — Significación biológica y

categoría del deporte, 64.—Deporte y trabajo, 66.—La mujer y el deporte, 70.—Fecundidad y placer, 71.

II

MATERNIDAD Y FEMINISMO..... 75

Feministas y antifeministas, 75.—La religión y la ciencia ante el problema de la mujer, 77.—Inferioridad y diferenciación, 80.—El concepto clásico de la maternidad, 83.—Cultura y maternidad, 87.—Diferenciación sexual, base de la cultura en cada sexo, 91.—Maternidad consciente, 94.—Un experimento triste, 97.—Una ley aterradoras: la fecundidad de las madres está en relación directa con la mortalidad de los hijos, 99.—Maternidad metódica y moral conyugal, 103.—Moral social y maternidad ilimitada, 106.—Peligros de la limitación de la maternidad, 109.—Maternidad y crianza, 112.—Maternidad y educación directa de los hijos, 117.—La colaboración de la mujer con el esposo, 118.—El amor de la mujer, premio del trabajo, 120.—Maternidad y trabajo físico son incompatibles, 123.—La experiencia de la guerra, 125.—Cultivo de la mujer no madre. La tristeza del hogar, 128.—Diferencias biológicas de la actividad de cada sexo, 131.—El medio no modifica fundamentalmente los caracteres sexuales, 132.—La

humanidad de sexo subnormal, 135.—La maestra, 136.—La asistencia a los enfermos, 137.—La mujer en los laboratorios, 138.—Libre acceso a la mujer apta, 139.—La inferioridad de la mujer ante el derecho, 142.—La mujer y los cargos públicos, 143.—El voto femenino, 150.—La sumisión sexual de la mujer y el voto, 151.—El voto femenino, ¿purificaría el sufragio?, 155.—La mujer y los partidos reaccionarios, 156.—Conclusión, 160.

III

EDUCACIÓN SEXUAL Y DIFERENCIACIÓN SEXUAL 161

La tragedia del sexo en el hombre, 161.—La modalidad femenina de la tragedia sexual, 165.—Empezar a saber..., 165.—El «otro sexo» que nos acompaña, 168.—Relatividad del sexo, 170.—Bisexualidad inicial del organismo, 172.—Diferenciación del sexo a través de las edades, 173.—Retorno a la bisexualidad en condiciones normales y en condiciones patológicas, 175.—Los argumentos experimentales, 178.—La bisexualidad, etapa retrasada del desarrollo sexual, 179.—El progreso sexual está en la diferenciación de los sexos, 181.—Del hermafroditismo al dismorfismo sexual, 182.—La homosexualidad en los animales y en el hombre, 184.—Frecuencia real del homosexualismo, 186.—El narcisismo,

187.—Pedagogía de la diferenciación sexual. La cirugía, 189.—La opoterapia y los injertos, 191.—El ejercicio y la alimentación, 192.—El ambiente psíquico, 194.—Diferenciación sexual y monogamia, 197.—La poligamia como manifestación del instinto indiferenciado, 200.—Virilidad cuantitativa y cualitativa. Don Juan y Oteló, 202.—Donjuanismo y austeridad, 205.—Valor del trabajo en la pedagogía sexual, 207.—La diferenciación sexual en la mujer, 209.—Una fórmula práctica, 212.—Diferenciación, fuente de castidad, 215.

NOTAS..... 217

ÍNDICE DE AUTORES

Abensaur, páginas 222.
Adler, 58, 92, 217, 219,
222, 223, 242 y 248.
Allers, 223.
Ambrosio (San), 78.
Aristófanés, 170.
Athias, 134 y 234.
Aza, 231 y 232.
Aznar, 228.
Bachofen, 47.
Barthelemy, 153, 156, 239
y 240.
Blair-Bell, 81 y 227.
Bloch, 181, 183, 186, 218
y 243.
Buda, 208.
Burgos (C. de), 237.
Byron (Lord), 38.
Cajal, 118 y 231.
Campione, 127 y 232.
Canestrini, 104 y 244.
Carmichael Stopes, 228.
Castro (P.), 247.
Catalina de Rusia, 239.
Caufeynon, 184 y 244.
Caullery, 232 y 244.
Cid (El), 120.
Claus, 244.
Condé, 109.
Chaves, 222.
Darwin, 180.
Delage, 244.
Dicenta, 239.
Diógenes Laercio, 72.
Eclesiastés, 225.
Feijóo, 78, 225 y 227.
Fernández Sanz, 218.
Fischer, 105 y 246.
Flemion, 217.
Fliess, 242.
Forel, 107 y 230.
Freud, 42, 196, 218, 219,
242 y 247.
Furtmüller, 242.
Geddes y Thompson, 81
y 227.
Gegenbaur, 244.
Giard, 244.
Gley, 234.
Goethe, 136 y 222.
Goldschmidt, 242 y 244.
Gómez Ocaña, 136 y 228.
Gourmont (R.), 245.
Gross, 234 y 246.
Gurlitt, 136, 142 y 235.
Haeckel, 244.
Halban, 242.
Hamburger, 101 y 228.
Hamsun, 240.
Haro, 231.
Harris, 234.
Heinse, 181.
Hereza, 228.
Hidalgo, 223.
Ibsen, 153 y 154.
Isabel la Católica, 146 y
238.
Jiménez Asúa, 228 y 247.

II

MATERNIDAD Y FEMINISMO

FEMINISTAS Y ANTIFEMINISTAS

El ensayo anterior deja planteado un problema que requiere extensa atención: el de los fundamentos biológicos de la actividad de la mujer frente a la actividad masculina. O, dicho de otro modo: el sexo, ¿implica una modalidad distinta en la actividad del hombre y de la mujer?

Para responder a esta pregunta hay que arriesgarse por un terreno peligroso; nada menos que entre las líneas de dos ejércitos que combaten con furia: los feministas y los antifeministas. Pero es preciso hacerlo. Claro que acometemos la aventura con la previa confianza de la levedad de las futuras heridas.

Sabemos bien que esa gran polvareda que cubre el campo de batalla la levantan, más que disparos mortíferos, alharacas de pólvora sola. En la Humanidad hay todavía mucha gente desocupada; y del mismo modo que en páginas anteriores explicábamos, en parte, el deporte por la necesidad biológica, imperativa, de substituir con una forma de actividad física la actividad fecunda del trabajo, así también hay un gran número de hombres y mujeres que, libres de la precisión de pensar en cosas esenciales, se aplican al deporte de polemizar en torno de cuestiones que no se resuelven hablando. Obsérvese cómo en cada uno de estos grandes problemas que el hombre no ha resuelto todavía —el más allá de la vida, la salud, el sexo, el capital y el trabajo, etc.— hay siempre un núcleo de seres de pensamiento y de conducta originales, que actúan con la dinámica fructífera de su ejemplo o con la invención de puntos de vista inéditos y fecundos; y a su alrededor, un gran ejército de personas desocupadas que se agitan, hablando en altas voces, sobre esos asuntos en litigio; pero sin hacerlos progresar una pulgada. Recordemos, para comprobarlo, a la mayoría de los higienistas, espiritistas, abolicionistas, hispanoamericanistas, etc., que pueblan nuestras cátedras, academias y periódicos;

cos; y a su lado, desde luego, los feministas y antifeministas de profesión.

Nosotros diremos nuestro modo de pensar sin preocuparnos de unos y otros.

LA RELIGIÓN Y LA CIENCIA ANTE EL PROBLEMA DE LA MUJER

Se ha hablado de un *feminismo jurídico* y de un *feminismo biológico*. Hablaremos nosotros de los dos; pero es claro que ambos son una misma cosa. A través de la Historia pueden seguirse las fluctuaciones que ha experimentado la posición de la mujer ante el derecho y ante la sociedad, y es evidente que, de un modo constante, esta posición ha sido el reflejo del concepto antropológico que de la mujer se ha tenido en las diferentes épocas. Toda nuestra civilización está influida por la idea semita de la inferioridad del sexo débil, y de este prejuicio biológico derivan las condiciones de inferioridad social y jurídica que los feministas actuales lamentan justamente, y luchan por borrar.

La idea semítica de la inferioridad de la mujer se basaba principalmente en creencias religiosas y morales que consideraban a aquélla como la causa del pecado originario

y el motivo permanente de la caída del hombre en la tentación. La doctrina de Jesús reaccionó generosamente contra este estado de espíritu, estableciendo la igualdad de todas las criaturas ante Dios y creando el símbolo de un ser excelso y limpio de pecado, que era precisamente una mujer, María, a la que todos los seres humanos habían de rendir un culto fervoroso. Los comentaristas han acumulado razones para probar que la teología cristiana, influida siempre por el primitivo espíritu semítico, opuso a la moral feminista de Jesús un sentido antifeminista.

“Puesto que la mujer condujo al hombre al pecado —decía San Ambrosio—, es justo que reciba al hombre como la esclava al soberano.” Otras referencias de los Santos Padres que no hemos de copiar aquí revelan un concepto aun más depresivo, a veces francamente humillante, para la mujer (25). Pero es cierto que espigando esta misma literatura sin pasión podrían encontrarse también citas abundantes en elogio ferviente del sexo débil; y en España contamos, para demostrarlo, con un célebre ensayo de *Defensa de la mujer*, de un fraile benito, el padre Feijóo, si bien tuvo que vérselas con la Inquisición por estas y otras actitudes que le separaban del pensar reglamentario de su época (26). En total, creo

yo que la influencia cristiana, la que más ha pesado en nuestra civilización actual, no puede considerarse como más antifeminista que las otras influencias filosóficas de su tiempo.

En realidad, han sido los hombres de ciencia, y no los teólogos, los que han dado más rudos golpes al concepto de la igualdad de los sexos. Toda una literatura científica o pseudocientífica se esforzó, al finalizar el siglo pasado y comenzar el actual, en hacer un dogma de la inferioridad mental de la mujer, inferioridad compatible, por de contado, con todo su encanto sexual; resultando nuestra compañera un ser extraño, ante el que el hombre adoptaba una de estas dos posturas extremas: o la del más absurdo desprecio o la de levantarse por su amor la tapa de los sesos. Concepto que nadie ha definido mejor que Bernard Shaw cuando habla de la mujer como “un ser de diferente especie biológica, con encantos específicos e imbecilidades también específicas”.

El jefe de esta cruzada fué Moebius, cuyo libro (27), traducido a casi todos los idiomas, es forzoso convenir que contiene datos de aguda observación psicológica e interpretaciones rigurosamente justas. De ahí su éxito, que aun perdura, a pesar de la rabiosa parcialidad antifeminista que le inspiró, y que

nos hace pensar que tal vez no debió irle muy bien a su autor en la lotería de los sexos que todos jugamos con varia fortuna (28).

INFERIORIDAD Y DIFERENCIACIÓN

Claro es que ya nadie da crédito a estos sabios antifeministas, que pretendían, con un compás de antropología en la mano, dar una beligerancia científica al mal humor o a la arbitrariedad de Schopenhauer, de Nietzsche o de Weininger. Ahora, la fórmula de la inferioridad de la mujer se ha cambiado por esta otra: no son los dos sexos inferiores ni superiores uno al otro; son, simplemente, distintos. Esto sí es la verdad. Pero conviene ilustrarla con algunos comentarios.

En el ensayo anterior hemos expuesto nuestra opinión respecto a cómo los caracteres sexuales no terminan en la diferenciación morfológica de los dos sexos, en su distinto aspecto exterior, sino que se extienden al terreno funcional, esto es, a las aptitudes físicas de uno y otro, y llegan a los más nobles estratos del espíritu, a la vida afectiva y a la psíquica.

A esta primera proposición se ha de atener, pues, nuestro modo de pensar en el problema

del feminismo. Diferencia infranqueable entre los dos sexos, repitámoslo todavía. Diferencia que emerge a la superficie en la anatomía de cada hombre y cada mujer, y que profundiza hasta lo más hondo, hasta las raíces obscuras de la vida, hasta el hogar de las células en que se elabora el principio de la existencia vegetativa. Los estudios recientes demuestran, en efecto, que el funcionamiento de cada célula de los diversos tejidos que constituyen el organismo, es diferente en el varón y en la hembra; de ello resulta que es también diferente el conjunto de las misteriosas funciones de la transformación, aprovechamiento y eliminación de los materiales nutritivos que se conocen con el nombre general de "metabolismo orgánico". El metabolismo, lo más íntimo de la química del ser vivo, es, por tanto, perfectamente distinto en cada sexo. Blair-Bell (29), en un sugestivo libro, insiste mucho en estos hechos y en la importancia que tienen para la comprensión del feminismo actual. El metabolismo del varón tiende a la transformación rápida, al gasto dispendioso de los materiales nutritivos: es *catabólico*, según la acertada expresión de Geddes y Thompson (30); el de la hembra tiende a la síntesis, a la reserva: es *anabólico*. El primero es derroche; el segundo, economía. Y esta

diferencia en el metabolismo *se observa ya en el huevo*: los huevos que han de dar origen a hembras, tienen, en efecto, un metabolismo más bajo que los que serán origen de machos (Riddle) (31).

Y aun antes del huevo, las células que le preceden, el *óvulo* o gameto hembra y el *espermatozoide* o gameto macho, de cuya fusión resultará el huevo, muestran ya una neta estructura propia, en relación con una función propia, que reproduce, en esquema, la futura diferenciación de la actividad de la mujer y del hombre. El *óvulo* es una célula pasiva, dotada de grandes reservas alimenticias: un nido provisto de abundantes víveres con que nutrir al nuevo ser. En tanto que el *espermatozoide* es una célula agresiva, dotada de gran movilidad, pero sin reserva alguna: un guerrillero, todo acción.

He aquí ya marcada, y en lo más hondo y más remoto de la vida del organismo, una diferencia que nos enseña, con la fría exactitud demostrativa de la físicoquímica, y en la simplicidad de la existencia unicelular, cuáles son los caminos divergentes que para cada sexo ha trazado el Destino. El hombre tiene construída su economía para el desgaste, es decir, para la lucha en el ambiente externo. La mujer está hecha para el ahorro de la energía,

para concentrarla en sí, no para dispersarla en torno; como que en su seno se ha de formar el hijo que prolongue su vida, y de su seno ha de brotar el alimento de los primeros tiempos del nuevo ser.

Es, pues, indudable que la mujer debe ser madre ante todo, con olvido de todo lo demás si fuera preciso; y ello, por inexcusable obligación de su sexo; como el hombre debe aplicar su energía al trabajo creador por la misma ley inexcusable de su sexualidad varonil.

Oigamos otra vez la voz de Dios, insistente y eterna: "Tú, mujer, parirás; tú, hombre, trabajarás."

EL CONCEPTO CLÁSICO DE LA MATERNIDAD

¿Hay algo, en este mundo de confusiones, tan claro como esto? Y, sin embargo, decidido en alta voz, y un coro de hombres y mujeres indignados se abalanzarán para taparos la boca. Pero el fenómeno no debe sorprendernos. Como cuanto ocurre en el mundo, tiene su explicación lógica, que es la siguiente:

El hombre ha dicho a la mujer: tú parirás, tú serás madre. Y en este legítimo mandato, que la mujer acepta como gustoso sacrificio, han ido encubiertas todas las injusticias que

ese mismo varón ha creado en provecho suyo y en detrimento del sexo contrario.

"Ser madre" se ha convertido en un equivalente de este otro: "Siendo madre, no tienes para qué ser nada más; y todo lo demás lo seré yo." Y se ha creado el derecho establecido y la otra ley sin códigos, pero a veces más tiránica, de la costumbre sobre este postulado. Por ello, la mujer oye con infinito recelo que todavía, al cabo de los siglos, se la siga ofreciendo como único porvenir la maternidad; pues sabe, a costa de un dolor milenario, que nunca se encerraron tantas injusticias en unas palabras tan nobles. Es, pues, preciso aclarar el escueto imperativo divino y ponerse, ante todo, de acuerdo sobre lo que debemos entender por maternidad.

¿Qué es la maternidad? Si se lo preguntamos a la mujer occidental todavía no liberada, y en este caso están la casi totalidad de las mujeres españolas, la respuesta será la siguiente: Maternidad es educarse en la más atroz incultura, aprendiendo en el hogar, junto a la madre ignorante y heroica, las reglas elementales del manejo casero, y el resto del tiempo esperando la llegada del futuro marido tras una reja o yendo a capturarlo a los paseos y a los tés de moda: la técnica varía según las latitudes. A veces, la espera se

prolonga inútilmente, hasta que la juventud se marchita (32). Otras, llega el matrimonio, y entonces la ley de Dios se cumple: él, el hombre, trabaja o lo disimula con sus diversiones y deportes; y ella, la esposa, concibe y pare cada año un niño. Al llegar a los treinta y cinco de su edad, la pobre mujer, envejecida por el agobio creador, por los cuidados de la casa y por las penas y las muertes, no puede más. Está triste, doliente y sin curiosidad para nada. Su único horizonte espiritual es la rutina de una religión sostenida por fórmulas exteriores más que por una tensión ideal y ferviente. Y entretanto, el marido es cierto, quizá, que trabaja con el sudor de su frente; pero entra y sale y se distrae de la obscuridad del hogar con la actividad de su quehacer y con la sociedad de los amigos; va al círculo o a la taberna, y se siente, en suma, enrolado en el gran mecanismo vital del mundo. Y tal vez, casi seguramente, no tarda en compensar con otras mujeres, conquistadas o compradas, la tristeza del lecho conyugal, del que hace tiempo la voluptuosidad huyó para siempre.

Viene luego para la triste hembra la vejez prematura, el humor agriado, el beaterio; y, al fin, la marcha de los hijos, que recomiendan en el hogar recién formado su misma

triste historia. Y así, con pocas variantes, es la biografía, tantas veces trazada, de "la madre" al estilo clásico. Verdaderamente, el mandato de Dios encerraba una maldición en su seno; pero una maldición en la que la mujer llevaba, con mucho, la peor parte.

Se me dirá que con esta técnica han sido, sin embargo, felices muchas mujeres. Sobre el mismo cañamazo de la realidad tal como la hemos expuesto puede, efectivamente, bordarse la historia optimista y edificante de la mujer fecunda, que da por bien empleados todos estos sinsabores porque todos son pequeños junto al íntimo goce de sentirse el eje de un hogar y de convertir en realidades humanas, en hombres y mujeres, templados en el ambiente austero de la familia, los instantes de amor precisos para concebir. Pero no pueden hacerse leyes sobre las excepciones ni interpretar como felicidad la resignación. La maternidad que nosotros propugnamos ha de ser una maternidad consciente, con el máximo de garantías, dentro del azar que nos gobierna a todos, para que la madre no se convierta al poco tiempo en la víctima de maternidad.

CULTURA Y MATERNIDAD

Para ello será preciso, en primer lugar, que la mujer se emancipe del matrimonio como necesidad, y esto puede lograrse sólo con la cultura. Pero ¿qué cultura? ¿Una cultura especial, una cultura femenina, o la misma cultura del varón? He aquí el primer problema que hemos de comentar.

Yo creo que, en principio, la cultura elemental de la niña debe ser la misma de la del varón; incluso debe ser administrada a la vez, en promiscuidad de sexos. Ahora vuelve a plantearse en los medios pedagógicos el problema de si, efectivamente, es bueno el sistema de la educación simultánea de niños y niñas. Parece inadmisibile el que sobre puntos tan graves influyan modas arbitrarias. La educación primaria en común no puede tener sino ventajas. Si la Naturaleza mantiene los sexos en discreta penumbra hasta una cierta edad, es estúpido enmendarla la plana con esa separación, que pone en las imaginaciones una malicia anticipada. La niña se habitúa con el trato cotidiano del niño, y éste con el trato de la niña, a adquirir esa serenidad y ese respeto que emana de la *naturalidad*, y que ya no se borrarán nunca. Y la na-

turalidad es un preventivo del pecado de la lascivia no igualado por el sayal de un franciscano.

Los fracasos que los pedagogos (sobre todo los nuestros) nos pueden citar del régimen de convivencia intersexual, tengo la certeza que se deben a que las influencias de fuera de la escuela, las de la calle, las del propio hogar, se sobreponen a la influencia benéfica de la convivencia en la escuela misma. Pero cuando aquéllas no son neutralizadas, sólo beneficios se logran de la vida escolar en común. Es una ley inexorable en la vida de los sexos la de la acción anafrodisíaca de la costumbre; y gracias a ella, la compañera que se sienta en el mismo banco del aula diluye su fuerza de atracción en el gran sedante del hábito diario. Nadie podrá discutir esto a los que hemos asistido, sucesivamente, a la época en que las mujeres hicieron su aparición, aislada y tímidamente, en las aulas; y a la época actual, en que un tanto por ciento considerable de las matrículas de los institutos, y también de los centros superiores, corresponde a muchachas. Entonces, la alumna tenía que colocarse a la vera del maestro, protegida así de la ola de deseo juvenil que enviaban los bancos masculinos. Casi nunca terminaba su carrera. De la nube de novios surgía, al fin,

el marido prematuro, y un día cualquiera su matrícula quedaba interrumpida para siempre por las flores de azahar, efectivas o prometidas. Ahora, los grupos de estudiantas conviven de la mañana a la noche con los grupos de muchachos. Y aunque el deseo y el amor, naturalmente, asomen a cada paso, es siempre en un plano normal y esfumados en una innegable continencia. Un fenómeno muy curioso de esta transformación ha sido la desaparición, en los medios universitarios, del *piropo*, de rancio abolengo español, que, en forma grosera o ingeniosa —casi siempre grosera—, era, y es siempre, la expresión de una libido sofocada por la separación rigurosa de sexos.

Primero, pues, la ventaja, tan directamente moral de la visión próxima del otro sexo. Pero, además, la mujer así educada adquiere desde el comienzo de su formación la sensación de que el pan de cada día es algo que puede ganarse por el propio esfuerzo y de un modo relativamente fácil, y no una magna empresa reservada al varón, para que éste usufructúe sus beneficios y los comparta, a cambio del placer y de los cuidados caseros, con la hembra sumisa.

Quizá en lo que acabamos de decir aparezca confuso nuestro criterio sobre las modali-

dades de la educación fundamental (primaria y secundaria) y la educación profesional en la mujer. Quiero aclararlo, porque lo considero muy importante. A mí me parece esencial que toda mujer, a ser posible, adquiera esa común cultura de base, y mejor en convivencia con el hombre. Lo de menos es lo que aprenda: esto siempre es lo de menos. Lo importante es asomarse al otro mundo, al de la vida del varón, y adquirir la certeza experimental de que es un mundo asequible a la hembra. Yo pienso siempre que veo, en estos últimos años, los enjambres de muchachas que acuden a las aulas: "es cierto que muchas de ellas, por necesidad, por incapacidad o por aburrimiento, no terminarán sus estudios, y que otras muchas, aunque los acaben, renunciarán gustosas al ejercicio de su título ante la perspectiva de un hogar; pero no importa: lo fundamental es que ninguna de ellas será ya la madre pasiva, resignada y fanática, víctima de su propio instinto generoso. Será más o menos feliz, pero dueña de su vida, sin más limitaciones que las que la Naturaleza nos impone a todos, hombres y mujeres, dentro de nuestra arquitectura sexual" (33).

Ahora bien; la educación profesional no puede medirse por este mismo rasero. Luego hablaremos de cuáles son las razones que pue-

den hacer legítima en la mujer una orientación profesional de tipo masculino. Esto ocurre, en efecto, en un grupo de casos que, por muy considerable que sea numéricamente, desde el punto de vista de la biología, lo consideraremos siempre como excepcional. Es decir, que, *como regla general*, no creemos admisible el que la cultura definitiva de la mujer sea la misma del varón. Ni, por tanto, que su actividad social se encauce por los mismos carriles que la del hombre.

DIFERENCIACIÓN SEXUAL, BASE DE LA CULTURA EN CADA SEXO

En el próximo ensayo insistiremos en que, por el contrario, el progreso de la Humanidad, en lo que atañe al problema sexual, se ha de basar justamente, a mi modo de ver, en una diferenciación cada vez más neta de los sexos. Estamos en una etapa retrasada de esa diferenciación, y sólo se llegará a su cúspide en un futuro lejano. Y a este retraso se deben buena parte de las desdichas que todos tenemos que sufrir por el hecho inexcusable de nacer adscritos a uno o a otro sexo. Cultura femenina, diferenciación de la mujer; y cultura masculina, diferenciación del hombre: he

aquí el secreto; y claro es que su realización es, más que obra de la escuela, obra del hogar. Hacer muy hombres a los hombres y muy mujeres a las mujeres. En esto estribará la liberación de éstas, y sobre este eje ha de construirse el programa del feminismo verdadero (34).

Mientras no penetre y se clave esta idea en la mente de los feministas, su actuación tenderá al pecado original de la confusión del *feminismo* con el *hominismo*, que anulará toda su eficacia. Y téngase en cuenta que dicha confusión no es una mera interpretación equivocada de las cosas, sino un sentimiento universal que tiene raíces milenarias en el alma de la mujer. Adler (l. c.) ha escrito esta justa conclusión, en la cual está el núcleo del error del feminismo contemporáneo: "Uno de los hechos que me ha permitido establecer mi concepción de la psicología individual, es la demostración del sentimiento de inferioridad, más o menos consciente, que existe en todas las mujeres y en todas las niñas, por el hecho de ser *mujeres*. Influye esto de tal modo en su vida psíquica, que siempre se encuentran en ellas los rasgos de la aspiración viril, si bien muchas veces en forma disimulada, especialmente bajo la forma de rasgos de apariencia femenina." Yo creo que, tanto para el pro-

greso individual como por el auge colectivo del sexo, es esencial substituir esta actitud de humillación irremediable por la del cultivo, la diferenciación y el ennoblecimiento de la feminidad, por sí misma, purificada de todo virilismo.

Y aquí es oportuno apuntar esta otra idea, que jamás aparece en la polémica de los sexos: el feminismo así orientado exige un movimiento paralelo en la cultura masculina, en un sentido específicamente varonil; un *hominismo* de los hombres, que también lo han de menester. No se puede pedir una perfección específica a la mujer si el hombre no aspira a la suya masculina. Este ha sido el tema constante de mis publicaciones sobre la cuestión sexual. Está bien, en efecto, que las mujeres se afanen por su progreso, dentro de la sexualidad femenina; pero ¿ha logrado el suyo, como tal varón, el hombre? Una cosa es que se haya apoderado del "mango de la sarten" —símbolo, por cierto, muy poco viril del abuso de la fuerza— adjudicándose el mejor lugar en la sociedad y en el derecho, y otra cosa es que esa supremacía, conquistada por la violencia, se haga sinónima de la perfección de sus deberes sexuales. Mientras el hombre no entienda claramente sus obligaciones específicas ante el trabajo y ante

el amor, con un profundo sentido de austeridad, estará tan necesitado como las mujeres de una cruzada redentora. ¿Cómo han podido olvidar esto, que es tan importante, las mujeres que gobiernan la lucha por el progreso de su sexo?

MATERNIDAD CONSCIENTE

Pero volviendo a nuestro tema: siendo cul-ta la mujer, no caerá en la maternidad como en una trampa sin salida. Puesto que el ins-tinto y el amor no bastan, por desgracia, para garantizar la felicidad de la pareja creadora, aumentemos las posibilidades del acierto al suprimir ese concepto del matrimonio, "como solución económica", que impera en las men-tes de casi todas las mujeres de nuestras so-ciedades. Y conste que esto no contradice a la defensa que hacíamos en el ensayo ante-rior de la aspiración *a la buena dote*, tan co-mún en las mujeres casaderas. La diferencia es bien clara: en el primer caso, el matrimo-nio es la tabla de salvación para la mujer que se ve hundir en el abismo de la soltería; en el segundo caso, el dinero es sólo un elemento más que la joven sopesa a la par que las demás condiciones del pretendiente, y en un rango biológico análogo, como ya hemos explicado,

al de su porte físico o al de sus cualidades intelectuales y morales.

Pero ya unida al hombre y en aptitud e in-minencia de ser madre, ¿cómo deberá serlo? Porque no bastará con que lo sea; tiene, ade-más, que serlo bien. Ser madre, como tantas veces se ha dicho, es algo mucho más comple-jo que formar hijos en su seno y darlos a luz. Es algo que se extiende muy lejos del acto concepcional, que implica muchos deberes y muchas cualidades, hasta tal punto importan-tes, que por sentirlos y practicarlos con amor maternal hay mujeres que, siendo vírgenes, pueden ostentar el título de madres con más legítima razón que muchas múltiparas.

Y yo digo que la mayoría de las mujeres —y hablo ya principalmente de España— van a la maternidad, y la practican luego, henchidas del más puro y entrañable instinto ma-terno, pero en un grado insólito de desconoci-miento de la trascendencia de su misión. Y las consecuencias de esta ignorancia se echan de ver bien pronto en la mezquindad de los frutos logrados. Y esto es cierto hasta el pun-to de que creo que, en nuestro país, el femi-nismo no puede pasar adelante en sus aspi-raciones sin poner antes remedio a este tran-ce, en que amenaza naufragar la vitalidad de nuestra raza.